



carrera docente

Lingüística y enseñanza de la lengua

Marta Marín

Colección dirigida por Susana Pironio



Capítulo 4

Los textos¹

- ¿Por qué ocuparse de los textos y no de las palabras o de las oraciones?
- ¿Qué es un texto?
- La coherencia textual
- La cohesión
- Implicaciones pedagógicas
- Soportes, portadores y formato
- Paratexto
- Otros conceptos relacionados con el texto
- Un poco de práctica

¿Por qué ocuparse de los textos y no de las palabras o de las oraciones?

En el primer capítulo, hemos descrito un enfoque que promueva una mayor competencia comunicativa de los alumnos, y para ese enfoque es necesario no el trabajo con las oraciones, sino con los *textos*. Pero, ¿por qué debería ser así?

Los seres humanos no nos comunicamos mediante palabras aisladas, tampoco mediante oraciones aisladas, sino que tratamos de transmitir significados completos, más o menos cerrados, lo más coherentes posible, porque intentamos ser comprendidos por los otros. Y esto es tan evidente en la vida cotidiana que creemos que no necesita una demostración más amplia.

Históricamente, los estudios de la lingüística se ocupaban de la oración como la mayor unidad de análisis, lo que resultaba adecuado mientras la gramática se dedicara sólo a la sintaxis, la morfología y la normativa. Sin embargo, cuando en la segunda mitad de este siglo la lingüsti-

ca empezó a interesarse por incluir dentro de la gramática los estudios semánticos (acerca del sentido de las emisiones lingüísticas) y los estudios pragmáticos (acerca de los efectos de las emisiones lingüísticas), se impuso el fenómeno evidente de que el sentido de lo que se comunica no está inscripto en cada oración que se dice o escribe, sino en la interrelación de unas oraciones con otras; describir el sentido de cada oración no alcanza para describir el efecto de sentido total que tiene el conjunto de las oraciones que componen un texto.

Esta necesidad de considerar el conjunto de los componentes del texto se vio impulsada, además, por ramas del conocimiento que, si bien están relacionadas con la lingüística, son externas a ella. Por ejemplo, en la década del 70, la entonces incipiente informática necesitó modelos gramaticales para crear programas de traducción o para informatizar la confección de resúmenes: la gramática de la oración no alcanzaba. ¿Cómo hacer, por ejemplo, para indicar a un programa de traducción que el pronombre "lo" de una oración se refiere al sustantivo "periódico" que está en la oración anterior y no a cualquier otro sustantivo masculino nombrado antes? Esa referencia de significado es un fenómeno textual, de interrelación de los elementos de un texto, que no puede explicarse con el análisis sintáctico, ni con el análisis semántico de cada una de las oraciones separadamente.

Por otra parte, hay una serie de fenómenos auténticamente lingüísticos que no pueden explicarse por el estudio de oraciones aisladas; por ejemplo, el uso de los artículos determinantes e indeterminantes (o definidos e indefinidos) 'un rey' o 'un soldado', nombrados al comienzo de un cuento, se transforman en los párrafos siguientes en 'el rey' o en 'el soldado'. Este procedimiento, llamado definitivización, sólo puede explicarse por la progresión del texto, en el cual lo desconocido del principio ('un') se trata luego como conocido ('el'); es un fenómeno textual y no oracional. Del mismo modo, el uso de un tiempo verbal generalmente está relacionado con el tiempo que se usó en oraciones anteriores, y eso es inexplicable desde la gramática de la oración.

Por estas razones, surge hace varias décadas, dentro de la lingüística, una nueva disciplina denominada *Lingüística del texto* o *Lingüística textual*, cuyo objeto de estudio es el texto como *unidad de comunicación del lenguaje*.

¿Qué es un texto?

Probablemente a usted le pueda resultar un poco extraño que se trate de definir el texto: es un objeto frecuente y de amplia circulación en estas sociedades que utilizamos la escritura; parecería, entonces, que todos tenemos una idea clara de qué es un texto y, por lo tanto, definirlo podría ser una tarea tan innecesaria como definir un botón. La palabra texto es sumamente conocida y antigua: en las escuelas se ha hablado siempre de "libros de texto" para referirse a libros de estudio, y en la esfera religiosa se ha usado la palabra "textos" para nombrar fragmentos emanados de la autoridad consagrada: la Biblia, los padres de la iglesia, etcétera. En general puede decirse que el significado más tradicional de texto ha sido el de "producto escrito", ya fuera fragmentado o completo.

Pero como actualmente existe dentro de la lingüística una disciplina que se ocupa de los fenómenos textuales, tales como la clasificación de los textos y los procedimientos de constitución y ligazón interna de sus componentes, definir en qué consiste esta unidad-objeto de estudio es una necesidad epistemológica.

Si a usted le mostraran el ejemplar de una novela, si leyera una carta impresa mediante una computadora, si leyera su correo electrónico en pantalla o se detuviera a considerar esta página que está leyendo en este momento, no tendría ninguna duda antes de decir que todos ellos son textos. ¿Diría lo mismo de la guía telefónica? ¿Diría lo mismo acerca del saludo de su vecino cuando lo encuentra en el ascensor o en la calle? ¿Podría decir que la lista de alumnos donde se consigna su presencia o su ausencia también es un texto? ¿Cuándo usted habla por teléfono, construye un texto?

Todos los ejemplos que acabamos de exponer tienen, evidentemente, algo en común: son productos de la comunicación humana, y algo más: son productos verbales. Pero, para poder determinar si una guía telefónica, una lista de alumnos, un saludo o una conversación telefónica constituyen un texto, habría que preguntarse primero: ¿Es coherente? ¿Para quién?

Un texto puede ser *oral* o *escrito*, *breve* o *extenso*, puede ser un diálogo intrascendente en una esquina o una novela, puede ser un artículo en el diario o el relato cotidiano de cómo alguien estuvo a punto de caer por la escalera, o un poema, o una noticia radial. Pero siempre *un texto se define por su coherencia*. Es un entretejido (*textum*) de significaciones que pueden reducirse a un *significado global*, por eso se lo considera una *unidad de comunicación*. En los casos que mencionamos antes, de la guía telefónica o de la lista de alumnos de un curso, *la coherencia está dada por la interpretación que el usuario de ese texto pueda darle*. Si un hablante de un idioma muy distante del nuestro, por ejemplo, un japonés, tiene en sus

manos una lista de nombres, tal vez pueda reconocer que se trata de una sucesión de palabras, pero difícilmente podría titularla (es decir, darle un significado global) como "lista de alumnos de un curso". De modo que la coherencia de esa lista, lo que le otorga la categoría de texto, sólo puede dársele nuestro reconocimiento de que son nombres propios de personas agrupados con una finalidad determinada.

Como la coherencia debe ser percibida por el receptor, esa coherencia está en relación con la actividad comunicativa de los seres humanos y con la finalidad que el texto tenga: es una cualidad semántica y también pragmática.

La coherencia o sentido global está dada, en primera instancia, por la relación que existe entre las ideas de un texto; en segunda instancia, por la posibilidad que tenga el oyente o el lector de reconstruir esa relación. Hay, además, una tercera instancia: la explicitación de esas relaciones mediante elementos gramaticales y de léxico (vocabulario). Un texto, entonces, se caracteriza por:

- la finalidad comunicativa (pragmática),
- la coherencia (semántica),
- por su cohesión (gramatical y léxica).

La coherencia textual

La coherencia como relación interna de sentidos

De qué modo el sentido global de la comunicación está constituido por el encadenamiento y entretejido de los distintos enunciados que componen un texto, puede verse muy claramente en el caso de diálogos; por ejemplo:

"¡Ah, ése! Nunca lo encuentro cuando lo busco".

Es imposible interpretar con alguna certidumbre estas dos oraciones, leídas aisladamente, separadas de otras oraciones, ya que no se puede atribuirle a 'ése' y 'lo' un significado seguro: 'hombre', 'libro', 'destornillador'. En realidad, si sólo se quisiera describir las categorías gramaticales que conforman estos enunciados (sujeto, predicado, sustantivos, pronombres) poco importaría que se tratara de hombres, libros o destorni-

lladores. Sin embargo, a los efectos de estudiar de qué modo la comunicación verbal humana puede ganar en eficacia, las categorías gramaticales disminuyen su importancia y cobra una importancia considerable la semántica, esto es: los sentidos, las significaciones y los modos de significar. El análisis de las partes de cada oración no alcanza, resulta insuficiente. En cambio, para que esas oraciones constituyan un texto, es decir, tengan sentido (coherencia) para el receptor, es necesario saber con qué otras oraciones se relacionan.

El texto de donde se extrajeron esas emisiones aisladas podría haber sido así:

- Necesito un destornillador
- ¿Este te sirve?
- ¡Ah, ése! Nunca lo encuentro cuando lo busco.

Pero el texto también podría haber sido así:

- ¿Lo llamaste a Luis?
- ¡Ah, ése! Nunca lo encuentro cuando lo busco.

Estos ejemplos parecen demostrativos de que una de las formas de la coherencia ocurre en el plano de *las relaciones internas del texto*:

- Un texto está formado por una secuencia de enunciados, que son portadores de proposiciones (ideas).
- El contenido de cada proposición está conectado con parte del contenido de otra,
- o bien, con el contenido global de toda la secuencia.

Veámoslo en otro ejemplo:

17-7-98

Llegué a San Martín de los Andes. Viajé por Austral. El tiempo era espléndido, así que no usé la ropa de abrigo que había llevado.

En este texto hay una coherencia proposicional, es decir que entre las ideas expuestas en el texto, es posible encontrar una relación lógicamente aceptable: 'llegué', 'viajé', 'había llevado' tienen entre sí una vinculación reconocible, porque *el contenido de cada idea está relaciona-*

do con una parte del contenido de otra. Además, toda la secuencia completa remite a la idea de 'traslado'; por lo tanto, *el contenido de cada idea está conectado con el contenido global de toda la secuencia*³.

La coherencia como interpretación

Pero esta cualidad de coherencia depende de la *interpretación* que se haga del texto, y esta interpretación, a su vez, depende de una serie de saberes, llamados, en general, *conocimiento del mundo* (competencia enciclopédica mencionada en el primer capítulo). Un receptor encuentra coherente el texto anterior porque su conocimiento del mundo le dice que 'Austral' es una línea aérea, y que en San Martín de los Andes generalmente hace frío.

Tal vez con otro ejemplo se vea más claramente: si usted recibe un papel que dice: Una planta a medio marchitar. El ruido del tránsito y no tiene ningún otro dato que pueda guiar su interpretación, puede llegar a pensar que lo que ahí está escrito es incoherente, es decir, usted no encuentra una relación de sentido adecuada entre las ideas, ni tampoco un propósito claro a la comunicación. En cambio, podría encontrar construcciones parecidas en un libro; por ejemplo:

"En la greda reseca ni una sola gramilla.
A un lado el alto muro de las sierras y enfrente
Otro muro de piedra, oxidado y caliente",

Alfonsina Storni: *Camino a los paredones*.

La disposición de los enunciados en el papel (formato), el hecho de que figure el nombre de la autora (fuente) y el hecho de que se trate de un libro (portador del texto), le permiten darse cuenta inmediatamente de que se trata de un texto poético, por lo tanto está usted en condiciones de construir un sentido para él, aunque sea incierto y provisorio. Ese sentido será construido gracias a algunos saberes, tales como el conocimiento de las convenciones de un texto poético, de quién es la autora, de que en un libro no suelen publicarse incoherencias. Pero los usuarios de una lengua no sólo tienen estos saberes laterales que podríamos denominar "letrados"; también tienen una gran cantidad de saberes acerca del mundo y de su funcionamiento, que se adquieren por la experiencia y/o por la indagación en fuentes de conocimiento.

Una pregunta que suele surgir es: si la coherencia de un texto es producto de la actividad interpretativa del receptor, entonces, ¿un texto que nadie lee no tiene coherencia? Para aclarar este posible malentendido

debería quedar muy claro que el productor de un texto lo construye coherentemente, pero el receptor realiza la *reconstrucción* de esa coherencia que en principio construyó el emisor. Es decir que reconstruye: *el sentido global del texto* (semántica), *la intención del autor o emisor* (pragmática) y *la adecuación de ese sentido a sus propios saberes* (conocimiento del mundo). Esta relación entre interpretación y saberes (y/o emociones) del lector explicaría por qué algunos textos, que son perfectamente claros y comprensibles para su autor, no lo son para algunos receptores, porque en esa *reconstrucción* de la coherencia intervienen los conocimientos y sentimientos del receptor, conscientes o inconscientes. Por otra parte, esos factores cognoscitivos y psíquicos del receptor no sólo difieren de los del emisor, sino que también son notablemente distintos de receptor a receptor. Esto hace que existan, entonces, gran variedad de interpretaciones posibles (pero no es aceptable cualquier interpretación azarosa o aberrante, porque un texto proporciona "pistas" para ser interpretado).

Macroestructura

Por esta interacción entre lo que el texto dice y los conocimientos que el propio receptor tiene, el lector (o el oyente si el texto fuera oral) construye un *sentido global del texto*. Para la lingüística, la *macroestructura* es la *representación abstracta y general del sentido del texto, que puede expresarse como una única idea (en una sola proposición)*.

Un ejemplo:

La juventud habla a la juventud: así podrá describirse esta fascinante antología latinoamericana del cuento que incluye lo mejor de la narrativa breve contemporánea de la región. Dieciséis relatos de otros tantos autores y países introducen al lector, sobre todo al lector joven, a las más diversas y representativas tendencias de una literatura cuya singularidad ha alcanzado reconocimiento universal en las últimas tres décadas. Latinoamérica como continente fabuloso, en el pleno sentido del término, es un lugar común desde hace 500 años; por las páginas de este libro desfilan la frustración y la promesa, la dulzura y la amargura, el raciocinio y la fantasía de hombres y mujeres especialmente jóvenes- que conforman el multicolor mosaico de esta América. Notas bibliográficas,

fotografías y comentarios complementan esta edición.

(Texto de contratapa de *16 Cuentos latinoamericanos*, Coedición latinoamericana, 1992).

Una macroestructura posible sería:

Compre este libro porque es interesante.

Volveremos a considerar la macroestructura a propósito de las macrorreglas.

Macrorreglas

Según van Dijk (ver Bibliografía al final de este capítulo), la macroestructura de un texto puede obtenerse aplicando a un texto ciertas reglas de reducción llamadas *macrorreglas*. Son reglas que permiten reducir las proposiciones (ideas) de un texto a una sola, es decir, se obtiene la macroestructura y esta operación de reducción es un proceso de comprensión e interpretación del texto.

Las macrorreglas son: *supresión*, *selección*, *generalización* y *construcción*. Las dos primeras realizan la operación de *omitir partes del texto y conservar otras*. Las dos últimas realizan la operación de *sustituir partes del texto por otra expresión que el mismo lector produce, y esta operación de reemplazo es posible por los conocimientos del mundo del lector*.

I. Supresión: se suprimen las proposiciones del texto que no sean necesarias para interpretar lo que sigue.

Ejemplo:

Tomó un taxi. Le indicó la dirección. El taxi partió.

Si se aplica la regla de *supresión*, sólo quedará la información esencial para la continuación del relato: *'Tomó un taxi'*.

II. Selección: se suprimen las informaciones que son condiciones o parte integrante o consecuencia de otra, que se selecciona como la esencial. Esta regla es semejante a la anterior, inclusive pueden aplicarse ambas como una sola.

Ejemplo:

Se puso el saco y buscó el llavero; luego abrió la puerta y salió.

Si se aplica la regla de selección, sólo quedará *'Salió'*, porque se omite todo lo que es condición o presuposición para que eso se cumpla, como, por ejemplo, *'abrió la puerta'*.

III. Generalización: si en el texto se nombran objetos o acciones, se los reúne en alguna palabra que los agrupe, en lugar de mencionar a todos uno por uno; la condición es que no se encierre en la generalización ningún dato importante que haya que mantener para la comprensión.

Ejemplo:

En la mesa de la oficina había lápices, papeles, libros, pisapapeles y una taza de café vacía.

Si se aplica la regla de generalización, el lector deberá sustituir el nombre de diversos objetos por *'útiles de escritorio'*, pero no podrá incluir en esa sustitución la *'taza de café'* porque al ser un objeto heterogéneo con respecto a los otros, cabe la sospecha de que se trate de un objeto significativo para el resto del texto.

IV. Construcción: ciertas proposiciones se engloban en una sola que las sustituye; no se suprime algo que está en el texto y se considera innecesario, sino que lo que se considera innecesario se cambia por una nueva frase, construida por el lector, que reúne las otras.

Ejemplo:

Se puso el saco y buscó el llavero; luego abrió la puerta y subió al Ford.

Si se aplica la regla de construcción se obtendría la proposición: *'Se fue en auto'*.

Una condición importante para la aplicación de las macrorreglas es que *se aplican de distinta manera a distintos tipos de texto*. Si se aplican a la *narración* de un hecho de la vida cotidiana, por ejemplo, la macroestructura resultante deberá ser una *acción*. Si se trata de un texto que argumente a favor de un espectáculo o un libro, la macroestructura resultante deberá ser la *recomendación de algún tipo de acción*, como se ve en el texto que se usó antes para ejemplificar el concepto de macroestructura.

La cohesión

En el apartado anterior mencionamos que una de las manifestaciones de la coherencia consiste en establecer (por parte del emisor) y percibir (por parte del receptor) la relación de sentido entre las distintas ideas que aparecen en un texto. También hemos dicho que el texto es un *textum*, es decir, un *entretendido de significaciones*.

Otra de las características de los textos es que existe una serie de procedimientos gramaticales por los cuales se va construyendo y señalando este entretendido.

Consideremos, por ejemplo, este fragmento:

Historia reciente de la psicología cognitiva

Uno de los síntomas más evidentes de que un nuevo enfoque o disciplina se ha impuesto en el ámbito científico es que comience a considerarse su historia y en ello se le juzgue como la posición dominante.

Carretero, M.: Introducción a la psicología cognitiva.
Buenos Aires, Aique, 1997, cap. 1.

En este fragmento, es evidente que la expresión 'un nuevo enfoque o disciplina' se refiere a 'la psicología cognitiva' (título); la expresión 'ámbito científico' remite a las distintas ramas de la ciencia, o sea a las disciplinas, dentro de las cuales está la psicología cognitiva. Luego, 'su' y 'le' remiten otra vez a 'enfoque o disciplina', lo mismo que la última expresión destacada 'la posición'.

Lo que hemos señalado en un fragmento muy breve son algunas de las maneras por las cuales las relaciones de sentido dentro de un texto se hacen manifiestas, de modo tal que la interpretación de un elemento (por ejemplo 'su') depende de otro (por ejemplo 'psicología cognitiva'). La explicitación de esas relaciones se realiza a través del sistema léxico y del sistema gramatical. El conjunto de estos mecanismos por los cuales unas palabras se refieren a otras se denomina *cohesión*.

Sin embargo es importante hacer notar que la cohesión, aunque es un rasgo de los textos, no es la condición necesaria y suficiente para que un conjunto de palabras sea un texto. Pueden faltar casi todos los elementos cohesivos, como en este ejemplo, donde no hay ninguna relación gramatical mostrada:

Piedras enormes, rojo sol y el polvo
alzando en nubes sobre tierra seca...

Storni Alfonsina, *Alma muerta*

No obstante, el texto tiene coherencia. Se puede reconocer su función y reconstruir la *isotopía* semántica. En cambio, una secuencia de oraciones puede tener ciertos elementos de cohesión (como por ejemplo los *conectores*), pero puede carecer de coherencia porque, a pesar de la presencia de esos elementos, no es posible relacionar el sentido de los componentes de la secuencia:

Alejandro y Sebastián; mientras tanto viste una vidriera de colores aunque hay osos en el zoológico.
Sin embargo yo no fui a Italia.

Si bien la cohesión no es la condición necesaria para que exista coherencia (y por lo tanto, que exista un texto), es innegable que un texto bien cohesionado ofrece garantías para su mejor interpretación.

Implicaciones pedagógicas

1. No es posible enseñar la coherencia como un concepto. Su presencia es lo que caracteriza un texto y lo diferencia de una sucesión de palabras o construcciones. Por lo tanto, debería aparecer en el aula sólo como un concepto instrumental aplicable a la comprensión lectora: cuando los lectores no pueden encontrar la coherencia o sentido global de un texto, conocer cómo funcionan los mecanismos de la coherencia es útil para que el docente se interroge acerca de cuál es el origen de esa incomprensión. Esos orígenes son variados y lo que sigue no es más que una ejemplificación:
 - El lector tiene dificultad para reconstruir la concatenación de las ideas o los hechos comunicados en el texto. No puede establecer la relación entre conceptos porque el texto no proporciona suficientes instrucciones para hacerlo. Estas "instrucciones" pueden estar, por ejemplo, representadas por conectores o por algunas repeticiones necesarias para poder seguir el hilo del discurso. Los textos que tienen escasez de conectores, por ejemplo, no proporcionan pistas en cantidad suficiente.